

CUATRO PALABRAS

sobre la historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas, alias Zotes.

Para terminar esta obra, creemos conveniente reproducir aquí el siguiente razonamiento que hace el erudito historiador Sr. D. Vicente La Fuente, en su *Historia Eclesiástica de España*.

Dice así:

«La oratoria sagrada, tan majestuosa y varonil en España durante el siglo XVI en manos de Santo Tomás de Villanueva y San Francisco de Borja, el maestro de Ávila, Fray Luis de Granada, Andrés Capilla, y el venerable Lanuza, había venido á ser desde mediados del siglo XVII un juego ridículo de palabras sonoras, pero vacías de sentido y de textos de la Sagrada Escritura, malamente citados y peor traídos.

«Achácase la culpa de este lamentable extravío al trinitario español Fray Hortensio Félix Paravicino, sujeto muy influyente en la corte de Felipe III y aun consultor suyo en negocios de Estado. Es muy comun cuando se vé un mal echar la culpa de él á una sola persona, que quizá fué víctima de las circunstancias. De la corrupcion de la poesía cúlpase á Góngora, de la prosa á Gracian, de las bellas artes á Churriguera; pero el gongorismo, el gracianismo y el churriguerismo significan en estas tres cosas lo que en oratoria sagrada pudiéramos llamar paravicinismo, es decir,

la hinchazon y la vanidad en las palabras y apariencias, sin realidad verdadera. Mas ¿quién no observa que la oratoria sagrada tuvo que seguir la suerte de todas las cosas de la nacion, y que cuando todo adolecia de miserable soberbia, no era extraño que hasta el púlpito se contagiara de ella? En este caso, los sujetos á quiénes se mira como primeros prevaricadores en sus respectivos géneros, más bien fueron víctimas que causantes: cada uno de ellos en su clase era hombre de génio y de talento: los imitadores serviles queriéndolos remedar los pusieron en caricatura.

«La mayor parte de los sermones del siglo XVII y primera mitad del XVIII están escritos en una jergonza estrambótica é indescriptible. En las portadas mismas se amontonan conceptos tan heterogéneos, que de puro estupendos rayan en estúpidos. En el *Florilugio*, de funesto recuerdo, la Iglesia es *parnaso frondoso*, Cristo es *la fuente Aganipe*, San Jerónimo es *un escintilante fanal de la Iglesia*, el martirio de San Lorenzo es un *catastro de fuego*, y el mismo mártir es un *fénix soasado*.

«En vano algunos Santos, y hasta la misma venerable madre de Ágreda, censuraron aquel extravío: en vano el señor Barcia (Don Andrés,) obispo de Cádiz, escribía sus *Disputadores eucarístico y eua-dragesimal*, y pretendia enseñar el modo de volver á la buena senda. Tradujéronse los preciosos sermones del P. Señeri, y se circularon los del portugués Vieira pero en vano: el mal había echado muy profundas raíces. Ocurriósele entónces al jesuita Isla, valerse del medio que había ensayado Cervantes con buen éxito contra los libros de caballería, y escribió la

sátira de *Fr. Gerundio de Campazas*, álias Zotes, en que de paso ridiculizaba los malos estudios que se hacían entónces en todas nuestras aulas. La obra tuvo un éxito portentoso, y se arrebatában los tomos tan pronto como se ponían á la venta. Ofendidos los *Gerundios verdaderos*, denunciaron la obra al *Santo Oficio*: condenóse por un voto, pero no así en Roma, donde se recibió con aplauso. ¡Cosa rara! Se consentían los originales feos y se rompían sus retratos. El P. Isla probó que en sermones, que corrian impresos y aprobados, había absurdos y despropósitos más garrafales que los mismos que él había puesto en boca de Fray Gerundio. Desde entónces este apodo ha quedado para designar á un orador disparatado: por una rara coincidencia, los sermones del P. Isla tienen no pocas gerundiadas: Cervantes, que escribía contra los libros de caballería, daba á luz el disparatado libro de *Periclés y Sigismunda*.

«A pesar de los esfuerzos y gran éxito del *Gerundio* no se logró extirpar fácilmente la zizaña. No poco hubo de contribuir á este laudable propósito el celo de algunos prelados que principiaron á predicar con sencillez, vigor y unción, dando de mano á la hojarasca encubierta con el nombre de elegancia. Los obispos Climent, de Barcelona, Beltran, de Salamanca, Bocanegra, de Guadix, y el mismo Tavira, que despues de varios obispados, obtuvo el de Salamanca, se dieron á conocer como excelentes oradores. El P. Gallo, del Oratorio, y al mismo tiempo el P. Cádiz y el P. Garcés, hacían resonar en el púlpito las caritativas y ardientes frases del maestro de Ávila y Fray Luis de Granada. El señor Climent reimprimió la

Gramática del P. Granada, y aun concedió indulgencias á los que hicieran uso de ella. Otra plaga vino en pos de esta, y fué el amaneramiento francés: á vista de los excelentes modelos de aquel país, se los ha tomado por guías, quizá con poca discrecion, olvidando nuestros clásicos más austeros y profundos, siquiera carezcan de esta afectacion que hoy agrada.»

FIN DEL QUINTO Y ÚLTIMO TOMO.